



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año 1 | Número 2 | Octubre 2020

Con licencia para matar: milicias, violencia y política en Río de Janeiro

Mauro Martínez ¹

mmartinez@fundacionmeridiano.com.ar

¹ Licenciado en Ciencia Política (UBA) y coordinador de la comisión de Asuntos Estratégicos y Política Exterior de la Fundación Meridiano de Estudios Internacionales y Política Exterior.



Imagen: The New York Times

O sistema entrega a mão para salvar o braço.

O sistema se reorganiza.

Articula novos interesses.

Cria novas lideranças.

Enquanto a condições de existência do sistema estiverem aí

Ele vai resistir.

Esta es una de las últimas reflexiones del Capitán Nascimento, ex teniente coronel del Batallón de Operaciones Especiales de la Policía Militar devenido en Subsecretario de Seguridad Pública del Estado de Río de Janeiro en la película brasileña Tropa de Elite: o inimigo agora é outro, la más taquillera de la historia en tierras de Oscar Niemeyer, Tom Jobim y Pelé. No podemos obviar que también se trata del último país del continente en abolir la esclavitud, recién con la Ley Áurea de 1888, mientras que cien años después fue el silencio, y no la verdad, el fundamento de la reconciliación nacional que siguió a décadas de modernización autoritaria y dictadura militar. Por si fuera

poco, aún hoy la maquinaria político-institucional cruje si no es aceiteada por generosos flujos de dinero público que indefectiblemente acaban atendiendo fines particulares. El racismo, el autoritarismo y la corrupción son tres factores fundamentales que se condensan en el fenómeno político que ilustra la película de José Padilha, basada en la obra *Elite da tropa* de Soares y otros, y del cual también se ocupa este artículo: las milicias en Río de Janeiro.

Estos grupos sumamente violentos están formados por miembros de las fuerzas de seguridad activos o retirados, principalmente de la Policía Militar y la Policía Civil estatales y se dedican a todo tipo de actividades ilegales: extorsión, contrabando, apropiación ilegal de tierras, tráfico de drogas y armas, asesinato por encargo y venta ilegal de bienes y servicios, como seguridad privada, financiamiento, construcción, transporte público, gas, luz, agua e internet. En 2013, un estudio de la UERJ publicado en *O Globo* reveló que cerca del 45% de las favelas estaban bajo el control de las milicias, frente al 37% bajo el control del narcotráfico. En 2018, se estimaba que sólo una milicia de Río de Janeiro recaudaba más de 80 millones de dólares anuales. Hoy en día, sólo en el Estado de Río de Janeiro se calcula que cerca de 3 millones de personas viven bajo control de milicias (Barbara, 2018).

El factor que diferencia a estos grupos de otras formas de crimen organizado en nuestra región es que muchos de sus miembros ocupan cargos ejecutivos y bancas legislativas a nivel local, estadual y federal. Las vinculaciones políticas de las milicias se tornaron visibles en los últimos años, luego del asesinato de la concejal de Río de Janeiro Marielle Franco y las investigaciones sobre los vínculos de la familia Bolsonaro con la milicia conocida como Oficina del Crimen, una de las más fuertes de Río de Janeiro y sospechosa de haber organizado y ejecutado aquel crimen. ¿Cuál es el origen de este fenómeno tan complejo y presente en la estructura y la dinámica política del gigante sudamericano?

De la senzala a la favela: esclavismo, modernización autoritaria y democracia

Expertos brasileños sostienen que las relaciones socioeconómicas que perduran en Brasil son producto del desdoblamiento de las relaciones esclavistas y allí se encuentra una causa de muchas de las tensiones sociales, raciales y políticas contemporáneas, incluyendo el fenómeno de las milicias. De hecho, en el S. XIX el tráfico de esclavos era un factor económico fundamental: no sustentaba solamente la economía de exportación, sino toda la economía nacional. Muchas economías locales eran subsidiarias de aquél e incluso era una de las principales fuentes de financiamiento del Estado, ya que sus rentas dependían de la tributación sobre el comercio de exportación e importación, incluyendo el de personas. Por ello, no existieron en Brasil iniciativas importantes para acabar con el tráfico de esclavos, sino que este fue puesto en cuestión por Inglaterra, que tenía interés en acabar con la estructura del tráfico en África. Incluso con la prohibición de 1831, la actividad continuó e incluso creció hasta por lo menos 1850. Según Mamigonian (2009), en adelante la elite política comenzó a percibir la esclavitud como un factor de desorden interno y contrario al proyecto de nación blanca que comenzó a configurarse a la luz de las teorías del racismo científico de la segunda mitad del siglo XIX.

A pesar de la abolición de la esclavitud en 1888 y la proclamación de la República un año después, la relación de los nuevos hombres libres continuó siendo de dependencia casi absoluta de los fazendeiros, principales actores de una economía basada en la exportación de alimentos y materias primas. A partir de esta relación, se desarrollan redes clientelares que son el fundamento del poder político a nivel municipal e incluso estadual en los años venideros (Nunes Leal, 2012).

El proceso de urbanización, que se había iniciado luego de la proclamación de la República, se aceleró notablemente a partir de la crisis de 1930, por el desplazamiento de la población rural hacia las periferias de las ciudades, especialmente São Paulo y Rio de Janeiro, la capital hasta 1960. Sobre todo

en esta última, este se dio no tanto por la atracción de la modernidad industrial, sino por la expulsión de las áreas rurales. Si bien el proceso migratorio significó de cierta forma una ruptura con los lazos tradicionales, la masividad y velocidad del proceso excedió la capacidad de absorción de fuerza laboral en las industrias que efectivamente estaban naciendo, lo que se sumó a la gran resistencia presentada por las elites urbanas y militares a la organización sindical y las políticas de inclusión social, tanto por las reminiscencias del orden esclavista, como por su asociación con el comunismo. Incluso durante el período de Vargas, quien intentó una alianza con el sector popular, la modernización llegó a Brasil por un vía eminentemente autoritaria, con una fuerte explotación de la fuerza de trabajo y el disciplinamiento de las clases subalternas.

El resultado de este proceso fue la consolidación de urbanizaciones precarias, cuyas poblaciones sobreviven aún hoy en la marginalidad de la vida política, institucional y económica de las ciudades: las favelas. Las relaciones entre aquellas y las ciudades suelen estar al margen de la ley: trabajo informal, actividades criminales, compra de votos y una brutal represión policial. Uno de estos fenómenos es el llamado *jogo do bicho*, una especie de lotería ilegal de gran popularidad entre la gente que pone en el azar la esperanza de escapar de la marginalidad. De acuerdo con Jupiara (2015), ya en la década de 1960, los dueños de estas casas de apuestas contrataban los servicios de policías retirados y en actividad para proteger su recaudación de otros criminales. Con los primeros enfrentamientos, la violencia comenzó a escalar, dando lugar a la formación de grupos formados por policías y expolicías dedicados a la venganza privada, a hacer “justicia por mano propia”, que pronto comienzan a vender sus servicios a comerciantes, empresarios y políticos. Uno de los más prominentes fue la llamada *Scuderie Le Cocq*, que actuó hasta los años 90 en el Estado de Río de Janeiro.

Con el inicio de la dictadura militar (1964-1985), muchos miembros de esos grupos fueron reclutados por el aparato represivo de la dictadura y entrenados para la represión ilegal del crimen y el asesinato de opositores

políticos. De acuerdo con Souza Alves (2008) las décadas de 1970 y 1980 asistieron la emergencia de “una de las más poderosas estructuras de ejecución sumaria del mundo contemporáneo”, formada por miembros del aparato policial que ejecutaban, comerciantes y empresarios que financiaban y políticos que respaldaban y se beneficiaban del esquema. A finales de los 80, cerca de tres mil personas por año eran ejecutadas solamente en la Baixada Fluminense.

En los años 90, varios miembros de estos grupos crecieron políticamente, ganando cargos electivos, mientras que el tráfico de drogas comenzaba a expandirse y ejercer control territorial sobre varias favelas y regiones de la periferia de las ciudades, creando las condiciones para el surgimiento de las milicias modernas. Según Soares (2020), esto fue posible porque no hubo ruptura entre el período dictatorial y el período democrático, dado el carácter negociado de la transición. Mientras que el país adoptó una constitución democrática, la asociación entre los grupos parapoliciales, el sistema de seguridad pública y el poder político se mantuvo incólume. Con ella, valores, culturas, prácticas y modalidades de formación identitaria difícilmente compatibles con el Estado de Derecho

Un policía que no mata, no es policía

Las políticas de seguridad pública fundamentadas en la violencia policial constituyen otro factor fundamental para explicar el surgimiento y la vigencia de estos grupos. “Policial que não mata, não é policial” - la frase de un excandidato presidencial en Brasil resulta ilustrativa del principio que rigió por muchos años y, según varios expertos, todavía rige la política de seguridad del Estado de Rio de Janeiro.

Desde los años 90, a partir del auge del poder de los grupos narcotraficantes como el Comando Vermelho en la Cidade Maravilhosa y el crecimiento de la violencia criminal, la política de seguridad estuvo orientada hacia la “guerra contra el crimen”, autorizándose extraoficialmente políticas de ejecución sumaria de individuos culpables o sospechosos de participar del narcotráfico e incluso recompensándose a aquellos policías que contaran con muertes en

su haber - la gratificação faroeste del gobierno de Marcello Alencar (1995-1998).

La relación de causalidad con el fenómeno bajo análisis opera en función de una contingencia: cuando las autoridades autorizan en la práctica que las policías practiquen el asesinato sin consecuencias, abusando de las excluyentes legales de ilicitud, como la legítima defensa, también se les da la libertad de no matar y negociar las condiciones de la supervivencia. Esto constituye una moneda de cambio que se valoriza rápidamente y que se torna una fuente de corrupción, en torno de la cual se agregan varios policías en grupos que, anárquicamente, acaban fragmentando la institución. Esta práctica es conocida como arrego y reúne de forma indisociable a grupos de policías con grupos de criminales y traficantes. De acuerdo con Soares (2020), esto deriva en una “geopolítica criminal” dentro del Estado: los grupos comienzan a oponerse entre sí, entran en conflicto y/o acuerdan, negocian su apoyo a políticos tradicionales y se lanzan a cargos electivos como forma de proteger y ampliar sus unidades de negocios.

Fazer o bico

El tercer factor es económico. Si bien el presupuesto para la seguridad pública del Estado de Río de Janeiro es enorme, doce mil millones de reales para el año 2020, los salarios en la base de la jerarquía suelen ser relativamente modestos, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones de empleo, lo que en definitiva incentiva a muchos de sus miembros a buscar un segundo trabajo - lo que se conoce como fazer o bico - muchas veces en el ámbito de la seguridad privada. Si bien esto es abiertamente ilegal, en la práctica desincentiva protestas por mayores salarios, que en un Estado con altos niveles de criminalidad genera inestabilidad y graves problemas políticos, como las ocurridas en 2016.

Sin embargo, el conflicto de intereses es ínsito a esta salida: las oportunidades para la seguridad privada son inversamente proporcionales al desempeño la seguridad pública. Si bien podría, argumentarse, con justa razón, que un importante grupo de agentes realizan esta actividad con fines

honestos, como forma de complementación salarial, lo cierto es que muchos oficiales están directa o indirectamente involucrados en grandes organizaciones de seguridad privada que acaban adoptando un principio de negocios con desdoblamientos problemáticos: crear inseguridad para vender seguridad. Su forma más ilegal y extrema es la milicia, que opera en áreas donde la provisión pública de los servicios es más lógica y necesaria, dadas sus características. Sin embargo, es allí donde está más ausente.

Bibliografía

Barbara, V. (2018). El poder de las milicias en Río de Janeiro. The New York Times. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/es/2018/05/27/espanol/opinion/rio-de-janeiro-milicias-brasil.html> el 05/10/2020

Mamigonian, B. (2009). A proibição do tráfico atlântico e a manutenção da escravidão. En Keila Grinberg e Ricardo Salles (Org). O Brasil Imperial 1808-1830. Vol. 1., p. 207-233. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Nunes Leal, V. (2012). Coronelismo, enxada e voto. O município e o regime representativo no Brasil. 7ma edición. São Paulo: Companhia das letras.

Jupiara, A. (2015). Os porões da contravenção. Jogo do bicho e ditadura militar: a história da aliança que profissionalizou o crime organizado. - 1. ed. - Rio de Janeiro: Record.

Souza Alves (2008). Mudanças na Economia Política do Crime no Rio de Janeiro. En Justiça Global :Segurança, tráfico e milícia no Rio de Janeiro. Rio de Janeiro : Fundação Heinrich Böll.

Soares (2020, 11 de agosto). Entrevista personal realizada el 11 de agosto de 2020. Audio disponible a requerimiento: mmartinez@fundacionmeridiano.com.ar